

Aburrimiento, crimen y criminología¹

Jeff Ferrell

Universidad Cristiana de Texas, Estados Unidos

Últimamente he estado pensando sobre el aburrimiento.

El campo de investigación que emprendí para un reciente libro de políticas del espacio urbano *Tearing Down the Streets*, me puso por primera vez en tema. Durante toda la investigación, el 'aburrimiento' continuaba apareciendo como un concepto, como un principio organizador entre aquellos cuyos mundos yo compartí y estudié. Por ejemplo, al tocar música con artistas callejeros noche tras noche, canciones de los "Sex Pistols", de "The Clash" y otras bandas punk, regularmente nos suscitaban respuestas pasionales- 'London's Burning' de The Clash es el disparador colectivo más rápido para este tipo de respuestas. Mientras cantábamos el penetrante estribillo de cuatro cuerdas 'Londres arde de aburrimiento ahora' –o la variante en la cual cantábamos en lugar de Londres, el nombre del pueblo en el que tocábamos– quienes oían, nos animaban, cantaban al compás, inventaban letras, hacían pogo riendo y pidiendo más. La canción parecía servirles como una suerte

de himno, una afirmación de algo –o algo que faltaba– en sus vidas. Y no era solamente el público callejero; abarcando desde miembros de pandillas que experimentaban su vida de pandilla como '90 por ciento aburrimiento' (Rodríguez, 1998:177) hasta los clientes que confrontaban 'el aburrimiento mecanizado' del mundo de placer de Disneyland (Kunstler, 1993:225), el aburrimiento tenía una audiencia ciertamente amplia.

Mientras tanto, descubrí que grupos progresistas de espacios urbanos como Critical Mass y Reclaim the Streets estaban 'desorganizando' grandes reuniones ilícitas destinadas a salvar las calles de la ciudad del tránsito automotor y reinstaurar, en su lugar, la vida pública fundada en una comunidad cara a cara más fluida. Es más, activistas de estos y otros grupos similares enfatizaban que el automóvil, siendo un problema mortal en sí mismo, fue en realidad, un síntoma de un conjunto más amplio de problemas contemporáneos referentes a la exterminación de la espontaneidad humana, la rutinización de la existencia diaria

¹ Publicado originariamente en inglés en *Theoretical Criminology*, 2004, 8, 3, 297-302. Traducción al caste-

llano de María Florencia D'Amico (PECOS, Universidad de Buenos Aires)

y ‘el encierro de la vida humana dentro de las fronteras del compra y venta...[dentro de] una red de actividades de explotación y degradación, comportamientos que empobrecen la experiencia humana y degradan la ecología planetaria’ (Carlsson, 2002:76,82). Entonces, por ejemplo, Reclaim the Streets cerró ilegalmente la autopista M41 de Londres en 1996 para un “Festival de Resistencia” con música estruendosa, bailarines callejeros, figuras de carnaval y un gran cartel que advertía sobre las consecuencias apocalípticas del aburrimiento: “La sociedad que abole toda aventura hace de su propia abolición la única aventura posible”.

Por supuesto que ese cartel no era sólo una advertencia, era un fantasma. Más de un cuarto de siglo atrás la Internacional Situacionista, una agrupación de artistas, escritores y revolucionarios culturales ya habían lanzado este y otro tipo de slogans- slogans que animaron el levantamiento de París del ‘68. El levantamiento duró sólo un corto tiempo y para 1972 Guy Debord, una de las figuras principales de la Internacional Situacionista había consignado al movimiento al cesto de la historia cultural; pero como ha demostrado Greil Marcus (1990), esta subcorriente cultural perdida continuó, sin embargo, filtrándose y burbujeando algunos años después en los conjuros de Johnny Rotten y la política incendiaria del punk. Durante mi investigación para *Tearing Down the Streets*, descubrí que esta misma corriente continúa hoy, en Estados Unidos, Gran Bretaña y Europa con activistas urbanos que reviven el espíritu de París del ‘68, que modelan sus acciones en la ética del ‘hazlo-tu-mismo’ del punk y la subversión situacionista y de algún modo, recogen la crítica a la sociedad contemporánea de los Situacionistas.

Esta crítica fue construida directamente sobre el aburrimiento. En 1953, Ivan Chtcheglov lanzó su ‘Formulario para un nuevo urbanismo’

—uno de los documentos fundacionales de los Situacionistas— con una negativa directa: ‘Estamos aburridos en la ciudad, ya no existe el Templo del Sol’. Continúa a modo de explicación y amenaza: ‘No pretendemos prolongar la civilización mecanicista y la arquitectura rígida que en última instancia nos remite a un aburrido ocio...una enfermedad mental ha barrido con el planeta: la banalización...ya que todas las razones de la pasión desaparecen’ (Chtcheglov, 1953). Refinando la crítica de los Situacionistas, Raoul Vaneigem utiliza un tono similar ubicando al aburrimiento entre los grandes horrores de la vida moderna. ‘La tierra prometida de la supervivencia será el reino de la muerte pacífica’, escribió en *The Revolutions of every day*. “No mas Guernicas, no mas Auschwitzes, no mas Hiroshimas... hooray! Pero ¿qué hay de la imposibilidad de vivir, qué hay de la rigidez de la mediocridad y la ausencia de pasión? No dejemos que nadie diga que estos son detalles menores o puntos secundarios” (Vaneigem, 2001:35)

Cuando estos textos fueron traducidos sobre las paredes en París ‘68, este preciso tono se mantuvo. ‘No queremos un mundo donde la garantía de no morir conlleve el riesgo de morir de aburrimiento’, decía un trozo de un grafiti. Otro atacaba a la cabeza de las políticas de aburrimiento: ‘El aburrimiento es contrarrevolucionario’, decía. Algunos años después, los punks estaban hartos del aburrimiento. Como manager de los proto-punk New York Dolls, en 1974, Malcolm McLaren en su primer comunicado de prensa preguntó: ¿Qué son las políticas de aburrimiento? (Taylor, 1988:22). Tres años después, Jamie Reid —el director de arte de McLaren y los Sex Pistols, inspirado en los Situacionistas— ofreció una suerte de respuesta en un poster que había diseñado para la canción de la banda ‘Pretty vacant’: el poster presentaba dos autobuses, el primero se dirigía a ‘Ningún lado’, el segundo hacia ‘Aburrimiento’. Ciertamente,

Jon Savage, historiador de música, argumenta que todo el punk ‘habló del aburrimiento’, se convirtió en ‘la expresión teatral de la prisión del aburrimiento’. ‘El aburrimiento’, agrega, ‘describía las políticas oclusivas, expansivas y utópicas que constituyeron el núcleo de los Sex Pistols... todos aquellos involucrados con los Sex Pistols instintivamente entendieron el aspecto espacial del aburrimiento y usaban su retórica como una clave’ (Savage, 1988:48, 52, 54; ver Hebdige, 1979:27-29).

Entonces, como decía, he estado pensando sobre el aburrimiento. El aburrimiento parece haber emergido durante las últimas décadas como una suerte de tema subterráneo, como

un contexto experimental y conceptual para el activismo y la crítica, una cadena de políticas que conecta el pasado con el presente. Dado esto, consideré, yo también, las condiciones sociales y culturales más amplias del aburrimiento y sus consecuencias. Quizás, haya en verdad ‘políticas de aburrimiento’, quizás, afirmar que ‘el aburrimiento es contrarrevolucionario’, es revelar algo sobre las ‘políticas utópicas’, sobre revoluciones reales e imaginarias, sobre la posibilidad de cambio social y justicia social. Y quizás, el aburrimiento pueda decirnos algo sobre el crimen y algo también sobre la criminología.

Políticas y criminología del aburrimiento

En su historia literaria del aburrimiento, Patricia Meyer Spacks observa que su relato ‘empieza en la Inglaterra del siglo dieciocho porque el concepto de aburrimiento empieza allí’ (1995, ix) y agrega:

‘las evocaciones ficticias (y poéticas) del aburrimiento se multiplican exponencialmente en el siglo XX, en parte por razones implícitas en la comprensión corriente/usual del modernismo, que postula un sujeto aislado que existe en un mundo secularizado y fragmentado, marcado por la precarización o la pérdida de las tradiciones: una paradigmática situación para el aburrimiento’ (1995:219)

A pesar que la de Spacks es una ‘historia literaria’ de un ‘estado mental’, sus especificaciones de tiempo y espacio y su invocación al modernismo, sugieren también una historia política y económica del aburrimiento. Simplificando, estas especificaciones sugieren que los Situacionistas y otros tantos han confrontado no sólo su propio “ennui”² durante las

últimas décadas, sino algo más: la emergencia y maduración del aburrimiento moderno.

Si agregamos, a la caracterización del modernismo de Spack, algunos otros rasgos quizá más familiares a la sociología –racionalización burocrática, eficiencia, rutinización, regulación, estandarización– nos encontraremos ciertamente, en ‘una paradigmática situación para el aburrimiento’. De hecho, muchas trayectorias del modernismo parecen fundirse en una vasta maquinaria de aburrimiento. Así como el zumbido de las fábricas reemplaza el ritmo localizado de la artesanía, la insulsa monotonía de la actividad productiva alienada, deja sin sentido el trabajo de cada día y se tensa contra la promesa fraudulenta de progreso moderno. Mientras la eficiencia se desarrolla como un valor cultural y organizacional, la predictibilidad prolifera; los sumarios estadísticos emergen como medida de valor; la peculiaridad de la innovación personal e individual se transforma en detrimento de lo que muchas trayectorias del

² Nota de T.: En frances en el original, tedio

modernismo apenas pueden permitirse. Como la obediencia a reglas externas y regulaciones racionales vienen a definir el éxito, incluida la moralidad, la monotonía se vuelve una virtud, la independencia mental un problema y las reglas de manual en literatura esencial del modernismo canónico.

En retrospectiva, observando la maduración del mundo moderno, podemos ver, en realidad, el aburrimiento colectivo institucionalizado dentro de las prácticas cotidianas y peor, institucionalizado en un contrapunto existencial respecto de la ética modernista, de la significativa participación democrática en la construcción de la cotidianeidad ciudadana. El divorcio entre el trabajo mental y el trabajo manual de Frederick Taylor, en pos de la construcción de la perfecta y predecible 'máquina humana' (*Southwest*, 1915:19); el ataque de Henry Ford al 'movimiento desperdiciado' (en Braverman, 1974: 310n) con el puesto fijo en la cadena de montaje; la burocracia moderna 'eliminando de todos los negocios oficiales el amor y el odio y todos los elementos puramente personales, irracionales y emocionales que escapan al cálculo' (Weber, 1946:216) cada uno traza la misma trayectoria insulsa. Siguiendo y reforzando esta trayectoria, los colegios públicos emergen como centros de entrenamiento para el nuevo aburrimiento, salas de ensayo para la sublimación de la individualidad a la eficiencia disciplinada; y para aquellos insuficientemente socializados al nuevo orden, los hospitales psiquiátricos, la prisión y los reformatorios se ofrecen como instituciones dedicadas al refuerzo del tedio. Contra esta trayectoria, parece que una revolución es lanzada a menos que Lenin mismo abrace ávidamente el taylorismo, buscando combinarlo con 'la organización y administración soviética' (en Braverman, 1974: 12). Y, ¿hoy?. Podríamos considerar que las vidas de trabajo y las emociones en-el-trabajo de los empleados de las cadenas de comida rápida,

de las *maquiladoras* mexicanas y de las universidades modernas, todas son manejadas con la eficiencia de la cadena de montaje. (Hochschild, 1983).

Entonces, otra vez, a la misma maquinaria del modernismo que produjo en masa las condiciones de aburrimiento diarias, se le adjudica la producción, también masiva, de su propio contrapeso y correctivo: un nuevo mundo cultural de entretenimiento mediado y exaltación pre-establecida, disponible tanto para el empleado de producción como para el profesor. Y sin embargo, parece ser que cada momento de exaltación ha servido sólo para amplificar la rítmica vacuidad de la vida diaria. Thorstein Veblen entendió esto más temprano, él sabía que la cinta transportadora de Henry Ford zumbaba dentro y fuera de las fábricas. 'Para tomar una eficaz ventaja de lo que es ofrecido mientras la rueda de la rutina gira en el sentido del trabajo y el juego, el sustento y la recreación.' escribió en 1914, el consumidor,

'debe saber por simple hábito qué sucede y cómo y en qué cantidades y a qué precio y dónde y cuándo...los meros mecanismos de conformidad del cronograma diario implican un grado de introspección entrenada' (1990:313-314)

Para 1940, la Escuela de Frankfurt también había comprendido —que el aburrimiento y su producción de alternativas masivas formaban un círculo cerrado de control, un círculo vicioso de consumo vacío. 'La industria cultural constantemente engaña a sus consumidores con lo que constantemente promete. La promisoriosa nota de placer que resulta de las estrategias y los envases es indefinidamente prolongada' escribieron Horkheimer y Adorno (2002:111). 'El entretenimiento fomenta la resignación que busca olvidarse a sí misma en el entretenimiento' (2002:113). Pronto también los Situacionistas entendieron, y

vieron con horror, cómo el aburrimiento, la alienación y el extrañamiento se filtraban por debajo de las puertas de las fábricas hacia el interior de la vida diaria en su totalidad. Ocupando ‘la mayor parte de tiempo vivido fuera de la producción moderna’, el espectáculo, argumenta Debord, se transforma en ‘el *modelo* presente de vida socialmente dominante’ tanto si se experimenta como ‘información o propaganda, publicidad o consumo directo del entretenimiento’ (1983:6, énfasis en el original). Vaneigem fue más explícito:

‘La sociedad opulenta es una sociedad de voyeurs. Para cada uno [sic] su propio caleidoscopio: un pequeño movimiento con los dedos y la imagen cambia...pero luego la monotonía de las imágenes que consumimos toma el control...la misma energía que es arrancada del trabajador en sus horas de trabajo y en sus horas de ocio, es la que enciende las turbinas del poder’ (2001:25-26, énfasis en el original)

Por lo tanto, parece que aquellos atrapados en el aplastante aburrimiento moderno pueden encontrar un pequeño alivio en el trabajo o en el consumo- de hecho, su aburrimiento se vuelve más visceral, más insoportable a medida que las promesas incumplidas de la exaltación producida en masa, la ética modernista del trabajo significativo y la participación democrática, se vuelven sencillamente otra simple desventaja. Abreviando, por todos lados, las contradicciones del aburrimiento moderno crean una tensión de proporciones mertonianas (1983), una separación existencial entre expectativas y experiencias. ¿Qué hacer, entonces, respecto de esta claustrofobia cultural, tan aislante, que pareciera sofocar cada intento de escape?

La desesperación existencial es una opción, la retirada mertoniana hacia un sonambulismo fatal. La resistencia es otra opción. Incluso, mientras Taylor y Ford calibraban sus instru-

mentos de aburrimiento organizado, movimientos radicales como “Los Trabajadores Industriales del Mundo” (los Wobblies) por ejemplo, ya se estaban organizando contra ellos. Conceptualizando el sabotaje como ‘la consciente retirada de la eficiencia’ (Kornbluh, 1998:37; Veblen, 1948), los Wobblies utilizaron el sabotaje para interrumpir el entumecimiento mental del trabajo repetitivo. Asimismo, los Wobblies utilizaban poemas, parábolas, canciones, bromas, parodias y dibujos en su organización diaria, cantaban himnos Wobbly obscenos durante las huelgas y luchas callejeras, ponían espectáculos en escena. Los Wobblies eran intencionalmente no aburridos.

Un siglo después, grupos como Critical Mass y Reclaim the Streets tampoco son aburridos. Los participantes de Critical Mass, una agitada mezcla de activistas en bicicleta y revolucionarios culturales, definen sus exuberantes paseos colectivos, no como una protesta política tradicional, sino como una celebración del “hazlo-tu-mismo”, animado con música, decoración y juegos. Del mismo modo, los activistas de Reclaim the Streets se propusieron trastornar la regularidad de la vida moderna apoderándose de las calles de la ciudad para festivales comunitarios espontáneos de placer y creatividad. Para estos y otros grupos, la meta es ‘romper con la normalidad’ del aburrimiento diario y reinstalar en la vida cotidiana la posibilidad de sorpresa.

Hay un largo camino desde los Wobblies a los Situacionistas y desde los punks hasta Critical Mass y Reclaim the Streets, y aun así todos parecen encontrar un terreno común en el aburrimiento moderno y en un asalto apasionado contra él. ‘La sociedad que abole toda aventura’, que construye el aburrimiento colectivo en la práctica cotidiana, de hecho, parece reproducir a aquellos que encuentran en la abolición de tal mundo la aventura. En este sentido, como sostuvieron los Situa-

cionistas, el aburrimiento es efectivamente contrarrevolucionario- si por revolución queremos decir la lucha contra la estandarización deshumanizante de la experiencia y la mercantilización de la emoción. Como Vaneigem, aquellos que emprenden esta lucha, imaginan una 'revolución diaria cada día' con destellos de situaciones efímeras, de riesgo e incertidumbre. 'Nosotros sólo organizaremos la explosión' decían los Situacionistas, 'esta explosión libre debe sobrepasarnos a nosotros y a todo otro tipo de control para siempre' (Marcus, 1990:179-180).

Y aun así, un importante calificativo para cualquier forma libre de solución contra el aburrimiento organizado sigue emergiendo: situaciones explosivas que sin el beneficio de licencias o permisos, como Critical Mass con sus paseos en bicicleta o los momentos de música punk callejera, son generalmente y cada vez más, consideradas ilegales por las autoridades. Y hay otras incontables explosiones fuera de control, pequeñas revoluciones contra la rutinización de cada día que son igualmente no aburridas e ilegales. Al volar con paracaídas, al manejar motos veloces, Stephen Lyng encuentra en 'lo extremo' un contrapunto experiencial e intoxicante a un 'sistema social asociado a conflictos de clases, alienación y el imperativo del consumo' (1990:869). Manejando esas mismas veloces motos, sumergiéndome luego en las aventuras del grafiti under del Hip Hop, encontré en el 'arrebato de adrenalina' la misma experiencia vívida y la resistencia emocional al control racional (Ferrel, 1996). Dragan Milovanovic, Stephen Lyng y yo registramos un reclamo emocional similar, por una identidad humana disminuida, en las experiencias límite de alto riesgo de los BASE jumpers³ (Ferrel et al,

2001). Mike Presdee (2000) documenta la disolución del carnaval, dentro de la atomización de la sociedad moderna de masas, exhumando sus restos emocionales destrozados, para descubrir algunos fragmentos peligrosos, ahora regulados, incluso criminalizados y otros revendidos como exaltación mercantilizada. Jack Katz explora los momentos sensuales de exaltación en los que 'los protagonistas...se estremecen por la expansión de posibilidades del self' (1998:73)- momentos que Pat O'Malley y Stephen Mugford caracterizan como 'reacciones contra lo mundano, la racionalidad secular y contra (especialmente las modernas) formas de establecimiento social en las que están inextricablemente implicados' (1994:190).

Juntos, estos estudios –generalmente agrupados bajo el rótulo de 'criminología cultural'– revelan grupos criminales o criminalizados que inventan afanosamente experiencias que contravengan, de diversas maneras, el proyecto moderno del aburrimiento. El despliegue de agudas habilidades de supervivencia en situaciones de peligro, la integración concreta entre talentos aprendidos y aventura ilícita, la adopción de rituales emocionales previos a la racionalidad moderna todos sugieren experiencias que no son aburridas, y no lo son precisamente porque recapturan, aunque sea momentáneamente, la pérdida inmediatez de la experiencia humana. Sugieren, también, una cuestión más amplia: ¿Puede ser que ciertos crímenes sean cometidos no contra las personas o la propiedad como tal, sino contra el aburrimiento mismo?

Vaneigem ofrece una respuesta y nos cuenta: 'Un asesino de dieciséis años recientemente explicó: "Lo hice porque estaba aburrido"' (2001:42-43). Luego Vaneigem nos dice

³ Nota de T.: BASE jumpers, aquellos que con paracaídas saltan de objetos fijos. BASE es la sigla en inglés

para cuatro objetos fijos: buildings (edificios), antennae (antenas), spans (puentes) y Earth (risco).

algo peor: 'Cualquiera que haya sentido un impulso de autodestrucción, creciendo en su interior, sabe con qué tediosa negligencia podría algún día terminar matando a los organizadores de su aburrimiento'. Luego, revela más sobre los crímenes de un orden social tan aburrido, que sólo ofrece 'muerte en plan de cuotas'.

'Un mundo que nos condena a una muerte sin sangre es naturalmente obligado a propagar el gusto por la sangre... el deseo de vivir yace sostenido espontáneamente en las armas de la muerte; florecen el sadismo y el asesinato sin sentido. Por la pasión destruida renace la pasión por la destrucción' (2001:162)

Respuestas como estas confirman que los criminólogos deben continuar investigando las circunstancias del aburrimiento colectivo, circunstancias estructuradas históricamente y situacionalmente negociadas. Dichas ridículas circunstancias dan lugar, no a momentos de ilícita exaltación sino a las políticas de los movimientos sociales y a la dinámica de la rebelión cultural; tanto para los Wobblies y los Situacionistas, como para los BASE Jumpers y los escritores de grafiti, el aburrimiento constituye, en primer término, la experiencia más insoportable de la modernidad. En la vida cotidiana, la alienación no es un categoría marxista, la racionalización no es un constructo weberiano; la alienación y la racionalización del modernismo aparecen, en cambio, como la monotonía sin fin, como una enfermedad viciada, para algunos como un pesado camino a la muerte, tan 'insistente' que 'desnuda a la verdadera muerte de todo terror' (Veneigem, 2001:163)

Mirando al aburrimiento de esta manera, vemos el gran frente del modernismo tardío desplegado, como Jock Young (2003) y Mike Presdee (2000) nos han hecho recordar, encontramos que el criminal, el consumidor y el revolucionario cultural son quizás más parecidos que diferentes, que para ellos, el

aburrimiento crea cierto vacío común a todos. Después de todo, buscando desesperadamente vida entre la deteriorante muerte del aburrimiento, la línea entre placer y dolor, entre crimen y comodidad, puede ser ciertamente muy delgada. Aquella vereda llena de jueguistas respetables haciendo coros, encontrando afirmaciones en los himnos punk contra el aburrimiento, pueden estar más cerca de la ilícita anarquía de Reclaim the Streets y de la fugaz persecución de un coche robado de lo que algunos quisieran imaginar. 'Un hombre inyectándose heroína en sus venas lo hace, en gran parte, por las mismas razones por las que uno renta un video', dice el poeta Joseph Brodsky (en Rivenberg, 2003:19). 'Para eludir la redundancia del tiempo'.

En el mismo sentido, el aburrimiento nos ofrece una ventana emocional y experiencial hacia los fracasos del proyecto modernista. El aburrimiento propuesto por el cubículo de oficina y el centro comercial no es un efecto secundario desafortunado; surge directamente de los procesos de deshumanización y promesas fraudulentas en donde se fundan aquellas situaciones. Estas situaciones son aburridas precisamente porque son drenadas sistemáticamente del talento y la posibilidad humana, desprovistas de la incertidumbre y la sorpresa que viene aparejada a la creatividad. Comparten, en la intencional eliminación de las posibilidades humanas, la exclusión de las variaciones de la producción propia, del progreso, del significado y de la intencionalidad; implacables en la dirección de los detalles, en sus efectos no dejan espacio más que para el aburrimiento. Por lo tanto, mientras unos mueren un día a la vez, otros buscan poner de cabeza al aburrimiento organizado, aquí, con una lata de aerosol, allí, con la interrupción del tránsito vehicular. Y en muchas de estas grandes y pequeñas revoluciones, hay claramente algo más que está siendo buscado, además de la exaltación. La exaltación,

parece ser en realidad un medio para un fin, un subproducto de lo que en última instancia emerge como el antídoto contra el aburrimiento moderno: el compromiso humano (Ferrell, 2004).

Y nada que perder más que aburrimiento

Si ampliamos nuestra investigación sobre el aburrimiento un poco más allá todavía –ahora para incluir nuestras vidas profesionales e institucionales como criminólogos– descubrimos una trayectoria paralela: de la misma manera que otras instituciones del modernismo han operado a través del tiempo para suprimir habilidades y creatividad de la práctica de la vida, la maquinaria moderna de la criminología ha funcionado para agotar la creatividad del estudio criminológico alternativo. En el mismo sentido que la fábrica, la agencia y el mercado fueron racionalizados en pos del control eficiente, la empresa misma de la criminología ha sido moldeada hacia la eficiencia científica para deshumanizar tanto a los profesionales como a aquellos a quienes debe investigar y controlar. Del mismo modo que la mayor evolución del modernismo ha organizado una vasta colección de aburrimiento, la evolución de la criminología moderna ha producido una pérdida de interés respecto del aburrimiento entre sus facultativos, sus estudiantes y sus prisioneros. Y aun así, en el mismo sentido que el aburrimiento sistémico del modernismo ha puesto en marcha rebeliones contra él mismo- rebeliones definidas por su inventiva de compromiso y exaltación- el aburrimiento encubierto de la corriente principal de la criminología ha reproducido más de una vez, su propia contracorriente incisiva.

Como Patricia y Peter Adler han argumentado, muchos de los trabajos fundacionales de la criminología emergieron de la idiosincrasia, de los acercamientos impresionistas a las cuestio-

Exaltación, compromiso, resistencia ilícita y posibilidades explosivas, todas lanzadas contra la despiadada maquinaria del aburrimiento moderno –todo esto también sugiere algo más.

nes etnográficas que, a mediados del siglo XX, habían sido usurpados por ‘una tradición de investigación que se mantuvo oscilando en la disciplina desde entonces’ (1998: xiii). Siguiendo una tendencia similar, Joe Feagin, Tony Orum y Gideon Sjoberg (1991) argumentan igualmente que ‘la corriente de los artículos de sociología’ –la eficiente y rutinizada producción de reportes de investigación– ha desplazado a través del tiempo, los compromisos temporales y más profundamente intelectuales de ‘el libro de sociología’ como la medida del éxito y el logro profesional. En Estados Unidos, por lo menos, estos cambios hacia metodologías de investigación racionalizadas y medidas objetivistas de producción disciplinada han sido replicados en las universidades mismas –organizaciones cada vez más definidas por prácticas corporativas de administración y una cultura burocrática y de control actuarial. Para los criminólogos de Estados Unidos especialmente, esta maquinaria académica ha sido cada vez más asociada, por medio de los departamentos de justicia criminal y las subvenciones estatales de investigación, a una similar maquinaria estatal deshumanizante de vigilancia, encarcelamiento y control. No sorprende que el rótulo de los Adler para el presente periodo sea ‘Las Eras Oscuras’ (1998: xiv) –aunque ‘Tiempos Modernos’ pueda resultar más apto.

Como resultado, la mayoría de los saberes criminológicos principales hoy pueden solo describirse como...aburridos. Como otras formas de aburrimiento moderno, este aburrimiento académico resulta directamente

de las condiciones de su producción, de la rutinización metodológica y analítica, reforzada contra el ser humano para drenar palabras secas y paquetes de información de sus vidas. La vívida agonía experiencial de la victimización del crimen, ha sufrido una metamorfosis hacia un empirismo abstracto, la sensualidad del hecho criminal ha sido tabulada y anotada al pie de página —sería un logro notable en sanidad pública, supongo, si no fuera tan aburrido. Recordando, además los mecanismos de descuido burocrático a través de los cuales los paquetes de información han pasado hasta ser publicados, uno nota que las páginas refieren precisamente a lo que sostenían los Situacionistas: un mundo intelectual en el que cada aventura debía ser necesariamente abolida

Y, aun así, los criminólogos tienen más de una rebelión contra las manifestaciones criminológicas del aburrimiento. Existen en la criminología y sociología americana, por ejemplo, los períodos que los Adler llaman ‘Renacimiento’ y ‘Expresionismo abstracto’ (1998: xiii-xiv) —períodos en que el ascenso de la encuesta/informe/empirismo abstracto fue desafiado por un florecimiento de vívidos etnógrafos subculturales. Alrededor de la misma época, en Gran Bretaña, aparece un abandono, abandono que Sir Leon Radzinowickz (en Young, 2003) recuerda en términos de ‘escolares traviesos’, que dio lugar a la National Deviancy Conference, y un momento de múltiples innovaciones en el estudio del crimen y la cultura. La descripción de Jock Young (2003) de la NDC como ‘ajetreada, irreverente, transgresora y sobre todo divertida’ confirma lo que sus trabajos y libros habían probado hacia tiempo: que... no fue aburrida. Y hoy, la criminología cultural sigue sin ser aburrida.

¿Por qué no lo es? Sospecho que aun los críticos más severos de la criminología

cultural, de la corriente principal de la criminología, estarían de acuerdo con que no es aburrida —y ellos argumentarían que ese es justamente el problema. Como sus colegas de los estudios culturales, ellos argumentarían que los criminólogos culturales consienten la cultura popular, eligiendo y tomando de entre el detrito cultural las rarezas y singularidades. Revistiendo este degradado asunto con un estilo más cercano al romanticismo o remitiéndolo a un análisis científico, ellos dirían que no es una sorpresa que la criminología cultural se las arregle para generar ciertos grados de interés.

Pero, en realidad, yo diría que lo excitante de la criminología cultural no reside esencialmente en su objeto de estudio; después de todo, este mismo objeto, estos mismos “fuera-de-ley” y los “junkies de adrenalina”, podrían ser reducidos sencillamente a tabulaciones abstractas —esto es al aburrimiento— por cualquier empirista abstracto. En su lugar, la exaltación, el vigor de la criminología cultural proviene de su *compromiso* con sus sujetos de estudio y de su voluntad de enfrentar las condiciones sociales y culturales de aburrimiento que se extienden por la corriente principal de la práctica criminológica. Dicho de otro modo, el asalto de la criminología cultural contra el aburrimiento se origina tanto en las políticas de su teoría y método como en la promesa a su objeto de estudio. Así, mientras los criminólogos culturales van rehumanizando el proceso de cuestionamiento y análisis, van replicando el trabajo de los Wobblies y los Situacionistas, de aquellos comprometidos con lo extremo y de los activistas de Reclaim the Streets; ellos asumieron, de la misma formas que los nombrados, las rebeliones contra el aburrimiento como parte de la resistencia intelectual y de la trasgresión desorganizada. En particular, lanzaron una rebelión hecha de métodos y momentos.

Método

La importación hacia la criminología de metodologías 'científicas' con la esperanza de posicionarla como una ciencia social objetiva del crimen, igualó, en consecuencia, la introducción de la administración científica en la oficina y la fábrica: ambas resultaron en la deshumanización sistemática de los involucrados, y en la institución penetrante del aburrimiento. Así como el extenso aburrimiento del modernismo resulta de la reducción de los sujetos humanos a categorías racionalizadas de trabajo y consumo, el aburrimiento de la corriente central de criminología resulta en su mayor parte de las metodologías designadas casi explícitamente a reducir a los sujetos a categorías cuidadosamente controladas de cálculo y tabulación cruzada. Así como el aburrimiento del modernismo, a su vez se deriva del sistemático agotamiento de la incertidumbre y la posibilidad de cada día, el aburrimiento de la criminología principal deriva en gran parte de las metodologías designadas, otra vez, casi explícitamente, a excluir la ambigüedad, la sorpresa y el 'error humano' del proceso de investigación de la criminología. Asociada a un aparato de control estatal, organizado alrededor de fines similares, estas metodologías quiebran la promesa de un saber significativo, volviéndose en su lugar a la fundación de una suerte de 'palacio de justicia de la criminología' descrito por Ned Polsky (1998:136) –la criminología de los 'ingenieros o técnicos morales'.

Mientras ningún método define a la criminología cultural, las metodologías etnográficas han sido utilizadas ampliamente como una vía alternativa a las dinámicas situadas del crimen y la cultura ya que, como Paul Willis dice, tales metodologías ofrecen 'una sensibilidad a los significados y valores así como también una habilidad para representar e interpretar articulaciones simbólicas, prácticas y formas

de producción cultural' (1977:3). Ofreciendo a los investigadores vulnerabilidad, humildad, peligro y profundo compromiso con los sujetos que estudian, estas metodologías también sirven para reclamar, a la empresa criminológica del palacio de justicia, por la racionalización y la objetivación metodológica.

Tomados apropiadamente, los estudios etnográficos están cubiertos de sorpresa e incertidumbre. Por naturaleza, estos estudios son profundamente ineficientes, todo menos la garantía de seducir al investigador fuera de la agenda profesional apropiada y hacia un infierno temporal de malgaste y retraso. Por definición, tales estudios incorporan el sentido cultural de aquellos que estudian y con ello afirman no sólo la complejidad humana, de otro modo reducida a residuo estadístico, sino también las peligrosas ambigüedades del crimen y del control del crimen que desaparecen dentro de la pseudo-precisión de la 'ciencia social'. Dado esto, los estudios etnográficos y la sensibilidad etnográfica regularmente generan, en todos los involucrados, un nivel de compromiso y entusiasmo ausente de la acumulación eficiente de la información recogida. Así como las habilidades del trabajo artesanal producen diseños idiosincráticos inimaginables en las repeticiones de la cadena de montaje, las habilidades etnográficas de investigación y escritura producen imágenes vívidas, introspecciones excéntricas y viñetas ilícitas que perduran inimaginables, sin mencionar inmanejables, dentro de las metodologías objetivistas. Al continuar tomando a los etnógrafos y sus audiencias dentro de significados culturales marginalizados y de situaciones sociales límite, las metodologías etnográficas, en su punto máximo, eventualmente no se convierten para nada en métodos, sino más bien en un estilo de vida para aquellos que quieren explorar lo incierto,

haciendo evolucionar las texturas del crimen y de su control. Así, nos permiten perdernos, a nosotros mismos y a nuestras capacidades

como investigadores, al interior de una serie de situaciones ilícitas y eso para abrazar una criminología progresiva de momentos.

Momentos

Muchas de las revueltas políticas y culturales contra el aburrimiento moderno han compartido una estrategia común: la producción de momentos que trascienden las estructuras del aburrimiento y con ello encarnan las dinámicas propias del compromiso y la exaltación. Empleando armas culturales como *détournement* (una inversión radical del sentido) y la *dérive* (un giro desorientador a través del paisaje urbano), los Situacionistas buscaron derribar las marcas del aburrimiento diario, y eso para crear momentos epistémicos tan inestables, tan contrarios al sentido común que subviertan la monotonía de la vida cotidiana. Rehuyendo de las políticas representativas y la planificación a largo plazo, Critical Mass y Reclaim the Streets abrazan la dinámica de la acción directa, buscando crear momentos de celebración en los cuales los placeres no planeados de la interacción espontánea arrebatan las calles del trabajo pesado del tránsito y el comercio. Aquellos que persiguiendo el límite y el arrebatado de adrenalina, emprenden ellos mismos este tipo de revoluciones intermitentes, buscan una unidad efímera de talento y aventura en momentos que sólo duran hasta que se abre el paracaídas o se seca la pintura. Todos estos grupos se contraponen al aburrimiento existente con la exaltación momentánea, creando lo que Hakim Bey llama ‘zonas autónomas temporarias’ (1995:39) de compromiso humano y posibilidad, escindidas de la predecible alienación de la existencia diaria. Y para todos estos grupos, estos momentos no son sólo meros medios para una revolución mayor, *son* la revolución, una revolución cotidiana que conserva su inmediatez humana y

la exaltación del “fuera-de-ley” precisamente porque no perduran.

Aunque la investigación etnográfica con frecuencia y apropiadamente, se despliega como un largo proceso, pareciera que son esos momentos justamente los que definen su potencial –y eso a su vez, define la inmediatez de la experiencia de la criminóloga cultural y la vivacidad de su teoría–. Persiguiendo los proyectos etnográficos, los criminólogos culturales se hallan, ellos mismos atrapados en momentos que alguien comprometido con lo extremo podría apreciar, momentos en los que las capacidades analíticas chocan con el peligro y la incertidumbre. Perdiéndonos nosotros mismos, liberando nuestras habilidades como investigadores, encontramos en esos momentos algo más de lo que podríamos imaginar; descubrimos que como aquellos implicados en algo extremo y los activistas de Critical Mass, hemos sido transportados más allá de las fronteras de cada día. Como los Situacionistas, nuestra crítica cobra vida en el primer plano de la experiencia fenomenológica, su elegancia analítica es refinada por el rechinar del crimen cotidiano y su control. En contra de ‘esa obstinada preferencia inglesa por lo particular, por la cosa misma’ (Hebdige, 1988:12), el análisis se vuelve animado, entrelazado con ‘innumerables y alborotados particulares angelicales’ (Kerouac, 1995:172), la introspección analítica se vuelve vívida textura de la experiencia vivida.

Tiempo atrás, por ejemplo, mientras escarbaba una pila de basura detrás de una mansión, me topé con Thorstein Veblen. Dedicado a un proyecto etnográfico de largo plazo sobre

los cirujas y los mendigos urbanos (Ferrell, 2005) había pasado buena parte del tiempo entre montañas de basura- y un día, detrás de esta gran mansión descubrí montones de obsequios caros, decorados y regalos para bebés, muchos de los obsequios estaban sellados y en sus cajas, el resultado de un baby shower hecho sólo con la intención de exhibirse. Y ahí estaba Veblen (1948: 112,116) recordándome que en una sociedad definida por la adquisición de mercancías, el consumo se vuelve no solo manifiesto sino ‘honorífico’, incluso ‘ceremonial’, un ritual constante y una adicción, una cuestión más que nada de simbolismo y estatus.

En otra situación me encontré compartiendo un momento con Jean Genet. Él estaba allí, la tarde en que una mujer mayor sin hogar y yo escarbábamos una gran pila de basura, mirando cómo ella generosamente me daba a elegir primero entre las ropas que sacaba de la pila. También estuvo allí, en el basurero de metales intercambiando historias con los viejos mendigos, un grupo lamentable pero independiente que era probable que pegara un adhesivo en los paragolpes de sus viejas pickups: ‘Amo a mi jefe - Trabajador por cuenta propia’. Genet estuvo allí el día que conocí a un hombre desdentado sin hogar, que manejaba una bicicleta que él mismo había reconstruido para poder realizar una mejor recorrida entre los desechos; estuvo también conmigo otro día en el que conocí a un viejo que mendigaba en su silla de ruedas por el canal. Considerando este imperio que existe sólo entre los márgenes de la basura, Genet recuerda su propio imperio de marginalidad existencial. ‘Nunca intenté hacerlo algo que no era’, decía ‘no traté de adornarlo, de enmascararlo sino por el contrario quería afirmarlo en su justa sordidez, y los signos más sórdidos se volvieron para mí signos de grandeza’ (1964:19).

Para este asunto, pareciera que no puedo hallar un momento etnográfico alejado de Max

Weber. Su noción de *verstehen* me conmueve cada vez que comprometo la generosidad e ingenuidad de aquellos exiliados en los márgenes del orden legal (Weber, 1948, 1978; Ferrell, 1997). Él aparece también regularmente en otro de mis proyectos: el registro de los santuarios al costado de las rutas que familiares y amigos construyen para sus seres queridos, perdidos por la violencia automovilística (Ferrell, 2003). A veces, el impulso de la comprensión empática se apodera de mí, al borde de la ruta, cuando un automóvil pasa velozmente a mi lado ofreciéndome la proximidad visceral de una muerte violenta. Otras veces son los santuarios mismos, fotos de niños huérfanos pegadas en las cruces, ‘Siempre te vamos a querer’ escrito en los arreglos. Una vez, en un santuario aislado descubrí monedas, regalos y notas dejadas allí y apareció Emile Durkheim (1933) recordándome que esos santuarios atesoran una comunidad simbólica, una solidaridad social viviente que emerge de la soledad misma de la muerte.

En momentos como estos, nosotros como criminólogos culturales, reinventamos el mundo moderno al prestarle atención a esas cosas. Siendo arrastrados por callejones o calles abiertas encontramos en cada pila de basura, o en un santuario al costado de la ruta, una sorpresa epistémica, una frontera de posibilidad y entendimiento. En el camino, momentos de *détournement* despliegan la sensual inmediatez de las situaciones entrelazada a nuestras predilecciones analíticas para subvertir la comprensión usual de seguridad, decencia, criminalidad y ley. Tales momentos brillan con posibilidades humanas y exaltación intelectual porque fundamentan su análisis en la experiencia y porque sitúan nuestro análisis y experiencia al interior de la vida de otros. Comprometidos con la generosidad de un mendigo callejero, confrontando la belleza trágica de un santuario al costado de una ruta

—perdido en cualquiera de los momentos que produce la criminología cultural— reclutamos la ayuda de aquellos que estudiamos para sabotear la maquinaria del aburrimiento y la deshumanización que define al modernismo y también a la criminología moderna.

Si continuamos en este camino para confrontar el aburrimiento organizado, contra la obediencia masiva —si continuamos construyendo una orientación que sea ‘ajetreada, irreverente, transgresora y sobre todo divertida’— podemos llevar incluso a la criminología

cultural a una revolución de la vida diaria. Las probabilidades están en contra, pero siempre están. Incluso Vaneigem, quien entendió dichas probabilidades mejor que nadie estaba dispuesto a apostar a su ‘presentimiento de una pasión en crecimiento por la vida’. Estoy dispuesto a hacer esa apuesta en nombre de la criminología cultural. Después de todo ‘tenemos un mundo de placeres por ganar’, escribió Vaneigem ‘y nada que perder más que aburrimiento’ (2001:7,279).

Bibliografía

- Adler, Patricia A. and Peter Adler (1998) ‘Foreword: Moving Backward’, in Jeff Ferrell and Mark S. Hamm (eds) *Ethnography at the Edge*, pp. xii-xvi. Boston: Northeastern.
- Bey, Hakim (1995) ‘Primitives and Extropians’, *Anarchy* 14(4): 39-43.
- Braverman, Harry (1974) *Labor and Monopoly Capital*. New York: Monthly Review.
- Carlsson, Chris (2002) ‘Cycling Under the Radar’, in Chris Carlsson (ed) *Critical Mass: Bicycle’s Defiant Celebration*, pp. 75-82. Oakland, CA: AK.
- Chhtcheglov, Ivan (1953) ‘Formulary for a New Urbanism,’ reprinted at www.bopsecrets.org.
- Debord, Guy (1983 [1967]) *Society of the Spectacle*. Detroit: Black and Red.
- Durkheim, Emile (1933) *The Division of Labor in Society*. New York: Free Press.
- Feagin, Joe, Anthony Orum, and Gideon Sjoberg (eds) (1991) *A Case for the Case Study*. Chapel Hill: North Carolina.
- Ferrell, Jeff (1996) *Crimes of Style*. Boston: Northeastern.
- Ferrell, Jeff (1997) ‘Criminological *Verstehen*,’ *Justice Quarterly* 14(1): 3-23.
- Ferrell, Jeff (2001/2002) *Tearing Down the Streets*. New York: Palgrave/St. Martin’s/MacMillan.
- Ferrell, Jeff. 2003. ‘Speed Kills’ *Critical Criminology* 11(3): 185-98.
- Ferrell, Jeff (2004) ‘The Only Possible Adventure: Edgework and Anarchy,’ in Stephen Lyng (ed) *Edgework: The Sociology of Risk*. London: Routledge, forthcoming.
- Ferrell, Jeff, Dragan Milovanovic, and Stephen Lyng (2001) ‘Edgework, Media Practices, and the Elongation of Meaning,’ *Theoretical Criminology* 5(2): 177-202.
- Genet, Jean (1964) *The Thief’s Journal*. New York: Grove.
- Hebdige, Dick (1979) *Subculture: The Meaning of Style*. London: Methuen.
- Hebdige, Dick (1988) *Hiding in the Light*. London: Routledge.
- Hochschild, Arlie R. (1983) *The Managed Heart*. Berkeley: California.
- Horkheimer, Max and Theodor W. Adorno (2002 [1944/1947]) *Dialectic of Enlightenment* Stanford, CA: Stanford.
- Katz, Jack (1988) *Seductions of Crime*. New York: Basic Books.
- Kerouac, Jack (1955) *On the Road*. New York: Viking.

- Kornbluh, Joyce (1998) *Rebel Voices: An IWW Anthology*. Chicago: Charles H. Kerr.
- Kunstler, James Howard (1993) *The Geography of Nowhere*. New York: Touchstone.
- Lyng, Stephen (1990) 'Edgework: A Social Psychological Analysis of Voluntary Risk Taking', *American Journal of Sociology* 95: 851-886.
- Marcus, Greil (1990) *Lipstick Traces*. Cambridge, MA: Harvard.
- Merton, Robert K. (1938) 'Social Structure and Anomie', *American Sociological Review* 3: 672-682.
- O'Malley, Pat and Stephen Mugford (1994) 'Crime, Excitement, and Modernity', in Gregg Barak (ed) *Varieties of Criminology*, pp. 189-211. Westport, CT: Praeger.
- Polsky, Ned (1998) *Hustlers, Beats, and Others*. New York: Lyons Press.
- Presdee, Mike (2000) *Cultural Criminology and the Carnival of Crime*. London: Routledge.
- Rivenberg, Roy (2003) 'The Boredom Epidemic,' *Fort Worth Star-Telegram* (March 1): 1f, 5f.
- Rodriguez, Joseph (1998) *East Side Stories: Gang Life in East LA*. New York: PowerHouse.
- Sacks, Patricia Meyer (1995) *Boredom*. Chicago: Chicago.
- Savage, Jon (1988) 'The Great Rock N' Roll Swindle,' in Paul Taylor (ed) *Impresario: Malcolm McLaren and the British New Wave*, pp. 45-58. Cambridge, MA: MIT.
- Southwest: *Southern Industrial and Lumber Review* (1915, May) Houston, TX.
- Taylor, Paul (1988) 'The Impresario of Do-It-Yourself,' in Paul Taylor (ed) *Impresario: Malcolm McLaren and the British New Wave*, pp. 11-30. Cambridge, MA: MIT.
- Vaneigem, Raoul (2001 [1967]) *The Revolution of Everyday Life*. London: Rebel Press.
- Veblen, Thorstein (1948) 'On Sabotage', in Max Lerner (ed) *The Portable Veblen*, pp. 431-437. New York: Viking.
- Veblen, Thorstein (1990) *The Instinct of Workmanship and the State of the Industrial Arts*. New Brunswick, NJ: Transaction.
- Weber, Max (1946) 'Bureaucracy', in H. H. Gerth and C. Wright Mills (eds) *From Max Weber*, pp. 196-244. New York: Oxford.
- Weber, Max (1949) *The Methodology of the Social Sciences*. New York: Free Press.
- Weber, Max (1978) *Economy and Society*. Berkeley: California.
- Willis, Paul (1977) *Learning to Labour*. New York: Columbia.
- Young, Jock (2003) 'Critical Criminology in the Twenty First Century,' at www.malcolmread.co.uk